



SEGUNDA PARTE,

DE LOS FAMOSOS ROMANCES DEL GIGANTE CANA-
NEO SAN CRISTOVAL: Dase cuenta como por órden de Jesu-
cristo fue á predicar à los Gentiles, y convirtió á cuarenta y ocho
mil personas; como fue martirizado, y en su muerte se convirtió
el Rey con ochenta mil personas de su reino, con
otras particularidades que verá el
curioso Lector.

YA dije en la primer parte,
noble Auditorio discreto,
como Cristoval quedaba
predicando muy contento
la Ley Sagrada de Cristo,
y dentro de breve tiempo,

convirtió cuarenta y ocho
mil personas de aquel pueblo.
Llegó la noticia al Rey,
y con gran rabia y veneno,
solicito y cuidadoso
al punto mandó prenderlo.

Cristoval de que lo supo
al Palacio fué derecho,
y comenzó á predicarle
sin temor y sin rezelo.
Vió un altar bien adornado,
y á un Júpiter puesto en medio:
le cogió de la cabeza
con su varonil esfuerzo,
y lo hizo mil pedazos
sin detenerse en el suelo.
El Rey dijo: Ola, prendedle,
que ese es mucho atrevimiento.
Aqui empiezan las fatigas,
aqui empiezan los tormentos.
Pero ò Supremo Dios!
que cuando á prenderle fueron
todos quedaron turbados
cuando delante estuvieron.
En fin, Dios les dió licencia,
y á Cristoval lo prendieron,
métenlo en un calabozo
muy lóbrego y muy horrendo,
y al cabo de pocos dias
el Sacerdote del Pueblo
dijo al Rey, que argüiria
solo con el Cananeo.
Lo sacan de la prision,
y en presencia del Rey mesmo
el Sacerdote arguyó
con nuestro gran Misionero.
Le saca mil falsedades,
le propone mil enredos,
le dijo que Jesucristo
no era Dios verdadero.
Cristoval de que esto oyó,
dijo: mientes, embustero,
que Cristo murió en la Cruz

por librarnos del Infierno,
y se encarnò en las entrañas
de MARIA, gran portentol
y el Espíritu asistió
por obra del Padre Eterno,
y así viva Jesucristo,
y mueran los Dioses vuestros:
Cristo viva y Cristo reyne,
que este es el Dios verdadero,
y por Cristo pasaré
mil fatigas y tormentos.
Al oir estas palabras
alzó la mano un perverso
y á Cristoval le tirò
un bofetón (què tormento!)
Mandó el Rey con gran soberbia
que amarrado en un madero
le dieran tantos azotes
que se le dejaran muerto.
Obedecen al mandato,
y con impiedad le dieron
mas de cinco mil azotes,
pero ó permiso del Cielo!
que cuando azotado estuvo,
luego ante el Rey lo volvieron,
sin tener una señal
del castigo que le dieron,
las manos atras atadas
y una soga puesta al cuello.
El Rey se maravilló
y en altas voces diciendo:
Justicia, Júpiter mio,
que este hombre es hechicero.
Vayan y no se detengan,
y una corona de hierro
hecha ascua han de traer,
y pónganla en su cerebro,

Al punto lo ejecutaron,
(pero ó sacro Rey del Cielo,
que quisisteis que Cristoval
no pasase este tormento!)
y viendo el malvado Rey
que no le agraviava el fuego,
rasgando sus vestiduras,
despedazándose él mismo,
dice: Llevar esta fiera
y sujetarla á un madero
y asaetearlo allí,
y si no es bastante esto
para que acabe su vida,
con los filos de su acero
le cortareis la cabeza,
para que acabe mas presto;
que me voy á aquel balcon
que desde alli quiero verlo.
Lo ejecutaron así,
y salieron los flecheros
para quitarle la vida
á este segundo Cordero.
Le apuntan con la ballesta,
y sale la flecha huyendo,
y fué á pegar en el ojo
del Rey que lo estaba viendo:
con mas soberbia que nunca
se levantó echando fuego
por la boca, y por los ojos
centellas de vivo incendio.
Arrojóse con la espada
para darle muerte él mismo;
mas al levantar el brazo,
ó maravilla ó portento!
de la guarnicion se sale
la hoja e' la misma huyendo,
por no ofender á Cristoval,

que aun de morir no era tiempo.
Y viendo el Rey que no halla
para Cristoval tormento,
manda que en unas parrillas
le pongan y le echen fuego,
para que muera abrasado.
Mas ó prodigio supremo!
despues de tantos martirios,
hasta el fuego tuvo miedo,
que se apazó de improviso
sin ofenderle en un pelo.
Y ya echada la sentencia
del Supremo Rey del Cielo,
que el laurel y la corona
tiene prevenido á un tiempo,
le dió licencia á la muerte,
y á Cristoval le dió esfuerzo.
Por segunda vez le vuelven
á amarrar en el madero
entre dos santas mugeres,
que juntas con él murieron.
Pero el famoso Cristoval
alzó los ojos al Cielo,
ardiendo en amor de Dios,
estas palabras diciendo:
Poderoso Redentor,
humilde y manso Cordero,
que con tu preciosa Sangre
redimiste el Universo,
no es lo que siento el morir,
solo siento, amado Dueño,
que no muera como Vos,
enclavado en un madero.
No siento, no siento nada
de todos estos tormentos,
pues por mí pasásteis mas,
Redentor y amado dueño,

muero gozoso por ir
á gozar de vuestro Reyno.
Con esto le dan un golpe
con el cuchillo en el cuello,
rasgando sus blancas venas
la roja sangre vertiendo.
Bramó el mar, tembló la tierra,
el Sol hizo mil extremos,
y arrojando gruesas peñas
los montes se destruyeron,
y entre celestiales nubes
con sonoros instrumentos,
dos Angeles muy hermosos
lucidos bajan del Cielo
con la corona y la palma,
que en sus sienes le pusieron;
mas esto no fue bastante
para aplacar lo soberbio
del Rey, que con mayor rabia
à Cristoval fue derecho
para beber de la sangre
que están sus venas vertiendo.
Pero ó poderoso Dios!
mas ó famoso portentoso!
pues apenas llegó el Rey
á tocar el coral terso,
la flecha se le cayó
sin hacerle movimiento
de ira, y se encontró sano.
Y reconociendo el yerro,

en altas voces publicas:
Viva, viva el Cananeo,
viva el Apostol de Livia,
viva el hermoso portentoso
de Cristoval, viva Cristo,
vivan los Sacros Misterios
de la Fe de Dios sagrada,
viva el Dios de Tierra y Cielo.
Mandó que por las Ciudades
que sujeta su gobierno,
observen la Ley de Cristo,
y así mismo todo el pueblo,
dice: Viva Jesucristo,
que es el Dios verdadero,
viva la Iglesia sagrada,
y entonces se convirtieron
mas de ochenta mil personas,
y á Jesucristo siguieron.
Y pues, Apostol famoso,
que con tu superior zelo
os encontrais colocado
en el Palacio supremo,
alcanzanos del Señor
gracia, y que despues logremos
con vuestro favor y ayuda
subir triunfantes al Cielo.
Y el Poeta muy humilde
à su Auditorio discreto
pide perdon de las faltas,
que estos Romances tuvieron.

FIN.